

EN BUSCA DE LA PASIÓN PERDIDA



Rodolfo Paredes B.
Periodista y profesor.
Escuela de Periodismo
Universidad Finis Terrae

«Este artículo podrá ser aplicado y utilizado libremente por cualquier profesor que esté dispuesto a compartir una estrategia de enseñanza con otro». (1)

Con este sugerente pie de página, el profesor Gerald Grow, académico de la Escuela de Periodismo en la *Florida A & M University* en Tallahassee, concluyó un breve artículo sobre algo aparentemente tan lejano de las aulas universitarias como el humor. El humor como herramienta para estimular a los estudiantes de periodismo. Para estimular su creatividad, su interés por aprender. Ése era su aporte para un organismo llamado *ERIC (Educational Resources Information Center)*, basado en la Universidad de Indiana (2).

ERIC es considerada, hoy en día, la fuente de información educacional más grande del mundo, con más de un millón de documentos y artículos sobre investigación y práctica educativa. Sobre periodismo reúne en estos momentos doscientos treinta y tres mil setecientos setenta documentos. O sea, una cuarta parte de sus reservas. Casi un cuarto de millón de experiencias, ejercicios y sugerencias. Y cada uno encierra su propia solicitud de nuevas ideas. Porque nunca es suficiente.

No menos sintomático que la frondosa colección de "nuevas ideas" recopiladas por ERIC es el esfuerzo de innumerables organizaciones norteamericanas ligadas a la prensa, como la *Newspaper Association of America*, enfrascadas en una intensa campaña por reconquistar la pasión de los estudiantes secundarios

por estudiar periodismo. La secundaria se considera en Estados Unidos el mejor lugar para generar interés en el periodismo como carrera, y para convertir a los estudiantes en lectores de diario de por vida. Hodding Carter III, presidente y director ejecutivo de la Fundación Knight, resumió este esfuerzo en pocas palabras: "Estamos tratando de inspirar a los jóvenes a creer de nuevo en que ésta (el periodismo) es una profesión noble y útil". (3)

El fenómeno es mundial: la enseñanza del periodismo está sedienta de nuevas energías para conquistar a un alumnado cada vez menos entusiasta ante las fórmulas tradicionales. Para volver a encantar a los jóvenes que eligen esta profesión esencialmente ligada a una vocación profunda.

pero que transitan por las salas de clase con creciente apatía y desaliento.

Leyendo sobre experiencias de otros países, recordando más de una reunión de profesores en nuestra propia facultad, revisando mis propios recuerdos de quince años como ayudante y profesor, distingo los mismos viejos fantasmas que no siempre, pero sí a menudo, pueblan las salas de clase: una vaga sensación de desaliento. Ese extraño letargo que se teje porfiadamente entre sillas y pizarrones; la creatividad adormecida tanto como la capacidad de asombro y la sed de explorar; la desazón ante el ejercicio futuro de la profesión; la tarea como trámite más que como desafío; la nota como único trofeo, último y concreto; el bombardeo informativo multiplicado y centuplicado por la tecnología hasta el punto de hacerse inmanejable y hundir a los alumnos en la *information anxiety* o ansiedad informativa descrita por los norteamericanos hace casi veinte años como un monstruo de mil cabezas que sofoca y aturde. Por último, la realidad llamando a la puerta y la apatía cerrándose en la nariz.

Es verdad que todos pasamos, en uno u otro momento, por ciertos períodos de desmotivación. En mi época de estudiante, bajo la sombra de interminables restricciones a la libertad de prensa, el desaliento estaba estrechamente ligado al oscuro panorama del ejercicio del periodismo. A la frustración de no poder responder genuinamente al derecho del público a la información. Al descrédito heredado de los excesos previos al gobierno militar y a esa nueva cuota de descrédito que se iba sumando a medida que prevalecía una prensa amordazada, temerosa y castigada.

Así y todo, Periodismo seguía creciendo como la opción favorita de más y más estudiantes recién egresados de Enseñanza Media. Se iba transformando en una de las carreras más deseadas. Con la llegada de la democracia y la paulatina desaparición de muchas de las trabas que padecimos en los años ochenta, el horizonte se

iba haciendo más prometedor. Quedaba tanto por hacer de nuevo. Otra vez era posible aspirar a nuevas cotas de calidad profesional. Pero la pasión por el periodismo definitivamente no palpita como podría esperarse.

¿Qué fue de la vitalidad y la energía entre los estudiantes de periodismo? ¿Qué fue de aquellos tiempos en que la noticia de última hora nos lanzaba un escalofrío por la espalda y nos ponía en marcha para saber más? ¿Por qué ahora que el mundo entero está al alcance de un "clic" el reporte de los estudiantes a menudo sobrevuela las historias, los temas y los personajes sin detenerse siquiera a escucharlos. O a veces hasta sin descubrirlos? ¿Dónde se fueron quedando la curiosidad y la inquietud por investigar? ¿Es sólo un síndrome de las nuevas generaciones? ¿O es también un desafío para que los profesores encontremos el modo de re-encantarlos con la profesión?

David Mac Farland, profesor asociado de periodismo y comunicación de masas en la Universidad Estatal de Kansas, Estados Unidos, decidió hace veinte años escapar de los fantasmas de la sala de clase. En términos figurativos, rompió los muros, las sillas y el pizarrón. Una clase titulada "Introducción a la Televisión" le dio la oportunidad. En ciertas clases a lo largo del semestre trasladó a todos sus alumnos a su propia casa, para ver entre todos ciertos eventos noticiosos especiales. El aliado con que todos contamos hoy en día, el reproductor de videos, aún no había hecho su aparición en las salas de clases. Mac Farland se las ingenió para seguir con sus alumnos una jornada electoral poniendo tres televisores lado a lado en su sala de estar.

Hoy en día, Mac Farland dicta una clase sobre "Conceptos de Producción de Medios Electrónicos" y su receta sigue siendo la misma. La cita es en su casa para cenar y ver una película. Juntos comparten, critican y comentan. El resultado: toda una experiencia en la formación de equipos, renovada creatividad entre los alum-

nos, un invaluable contacto directo con las materias que salen de los libros para volverse palpables y reales.

La definición de la enseñanza, según Mac Farland, es que se trata de una religión. Y los buenos profesores, son, en cierto modo, evangelistas. “Los buenos profesores se preocupan de la ética y la moral en su profesión tal como si fuera una religión. No sólo somos proveedores de hechos y datos. ¿Qué sería de la información sin interpretación? ¿Qué sería la información sin análisis? Y, por último, ¿qué es la información sin una comprensión apropiada sobre su uso? (4)

A fines de los noventa, la fórmula seguía demostrando su éxito. Y de algún modo me hizo recordar mis primeros años de Enseñanza Básica en una escuela de Edimburgo, Escocia. La entrañable señora Holmes nos tomaba de la mano a un par de chilenos, dos japoneses, dos noruegos y una estudiante de Pakistán para enseñarnos inglés e historia inglesa en su propia casa o directamente en los escenarios que su atiborrado automóvil pudiera alcanzar. Solía haber té, juegos y pastelillos, pero lo que había en el fondo era un entorno para obligarnos a compartir, hablar y comentar en el único idioma posible: el inglés. Y qué mejor modo de aprender historia inglesa que recorriendo con ella lugares como la casa del escritor Robert Louis Stevenson, con todos sus libros y recuerdos al alcance de la vista y de la mano.

Mac Farland y la señora Holmes, cada uno a su manera, aportan una fórmula posible, pero —por cierto— restringida a grupos pequeños, a una disponibilidad de tiempo, voluntades y recursos que hoy por hoy son una auténtica rareza. Pero irradian también un espíritu que puede recuperarse porque trasciende el tiempo y las circunstancias. Por un lado, los profesores que comparten esa visión de *evangelistas*, que demuestran auténtica pasión por lo que enseñan, representan el primer elemento necesario para encender en los alumnos la pasión por lo que estudian y esa indis-

pensable sed por saber más, por abrirse a la cultura en todas sus expresiones. Es cierto: el tiempo apremia, apremian otras cien obligaciones diarias, pero mantener aquel espíritu no siempre exige tanto tiempo. A veces, es sólo cuestión de ingenio o de unos minutos más para preparar la clase.

Un fragmento literario leído en voz alta en una tarde de otoño a menudo me sirvió para dejar volar la imaginación y aterrizarla después en tres o cuatro conceptos sólidos sobre narrativa aplicados al periodismo. Un breve poema me sirvió tantas veces para enseñar en dos minutos la eficacia de un buen final. Y una sinfonía resonando desde un improvisado equipo de audio portátil abrió un espontáneo debate sobre conceptos de tensión en el relato periodístico. Que alguien pidiera después el libro de poemas o el disco de tal o cual compositor fueron simplemente valores agregados.

Tal vez más importante que todo esto, las iniciativas de aquellos maestros “evangelizadores” representan, a mi modo de ver, un estímulo para reformular continuamente el modo en que los profesores pueden lograr que los alumnos se aproximen a la realidad del ejercicio futuro de su profesión, trascendiendo las restricciones que impone el marco de una sala de clases y un horario establecido. Entre mis propios alumnos de cursos terminales, detecto a menudo una sed insatisfecha por entrar en contacto con el periodismo real. Y ese contacto, con todo lo bueno y lo malo que permite descubrir, es un recurso que podemos explotar más a fondo, en más oportunidades, en diferentes formas.

Representa también un esfuerzo por hacer que los alumnos comprendan y validen la importancia de encontrarse cara a cara entre ellos como socios y protagonistas de su propia enseñanza y no sólo como oyentes pasivos ante el pizarrón. Mejor que ninguna otra carrera, el periodismo tiene todas las oportunidades para que se encuentren también con lo que ocurre en su propia ciudad y de lo que a menudo sólo han oído hablar. A dejar de ser

espectadores lejanos que contemplan los hechos noticiosos a través del filtro de los medios. Porque, como veremos más adelante, ese filtro –sin un espíritu crítico, sin la práctica continua que permite trascenderlo y llegar más a fondo– conlleva el riesgo de repetir sus errores y distorsiones.

Ello implica, desde luego, alentarlos a descubrir por sí mismos las aristas de un hecho noticioso en particular o de un fenómeno social digno de comunicarse. Recuerdo perfectamente cómo se fueron enriqueciendo los reportajes de mis alumnos de *Taller de Reportaje* en la medida que descubrieron las técnicas de reporteo que no apuntan sólo a “decir” las cosas, sino a “mostrarlas”. Algo tan válido en prensa escrita como en televisión.

Artículos como “Acción Humana como Reporteo” de Soledad Puente (5) o “Rutinas Periodísticas en Chile: una transición incompleta” de Paulo Ramírez (6), ayudaron notablemente. El primero, para aprender a abordar los temas noticiosos a través de los seres humanos que hay detrás, de sus realidades, de cómo los impacta a ellos. Ver y compartir unas cuantas horas con un ser humano común y corriente, convertido en *experto* no por sus títulos ni por su condición de *fuentes oficiales* se tradujo en historias creíbles y palpables, donde sí era posible “mostrar” en vez de sólo decir y donde cada historia era nueva y única.

Un tema recurrente como el desempleo, por ejemplo, adquiere rostro, vive, sufre y se encarna más allá de las cifras. Por consiguiente, se hace más humano, mucho más fácil de comunicar y de comprender. Desde lo particular adquiere toda su dimensión lo global, que es por definición anónimo, lejano y frío. Los propios alumnos se sienten mucho más protagonistas en la elaboración de sus historias. Saben más y mejor de lo que están escribiendo. Vieron, sintieron y conocieron lo que después mostraron, lleno de auténtica información. La cercanía con la realidad vivifica y energiza la vocación aletargada.

Hoy en día existe abundante literatura especializada y artículos de investigación periodística que les enseñan a los alumnos claves novedosas y prometedoras para mejorar su trabajo, su enfoque, el modo en que abordan un fenómeno noticioso, y que les permiten elaborar un producto revitalizado, más cercano al público, más rico en matices y en auténtica información.

Una pregunta frecuente es cómo pedirles a los alumnos de periodismo trabajos que realmente penetren más allá de la “primera capa de verdad” que tan acertadamente define Paulo Ramírez. Cuesta encontrar ejemplos en la prensa diaria, en los medios audiovisuales, víctimas aún de viejos vicios como la falta de reporteo, de exactitud y precisión. Ligados aún mayoritariamente a las fórmulas de reporteo que inhiben la capacidad creadora de cada uno.

Ninguna tan nociva como el apego incondicional e irreflexivo a las fuentes oficiales. Ellas lo saben y lo aprovechan, como lo he podido comprobar durante once años en el programa “Contacto” y durante casi un año en el Departamento de Prensa de Canal 13. Pautean a la distancia, definen lo urgente y lo importante, marcan la agenda, ocultan o liberan información según su conveniencia, matan o reviven los fenómenos noticiosos.

Los alumnos son testigos, pero también víctimas de ese ejemplo. A menudo defienden las deficiencias de sus propios trabajos con un categórico ejemplo del mismo error en un medio escrito o en un noticiario de televisión de reconocida influencia. Y no sólo eso: ellos mismos resienten la mediocridad de los medios informativos y le asignan una cuota importante en aumentar su propio desaliento frente a las expectativas de su enseñanza y de su profesión. Se quejan de la *uniformidad* en el producto que entregan los medios a diario. Describen a los periodistas como un *rebaño* que sólo responde al llamado de esas fuentes. Y temen, en consecuencia, que estén destinados a sumarse a él.

¿Pero acaso basta con resignarse a esas

insuficiencias y repetirlas “porque así lo hace tal diario, tal revista o tal canal de televisión? ¿Quiénes si no los alumnos de hoy están llamados a superar esos defectos, a erradicar esos vicios en el futuro? Hacerlos conscientes de esa responsabilidad es también un modo de atizar su creatividad y su espíritu crítico frente a lo que ven y leen. A reconocer el reporte de calidad y desdeñar lo mediocre. Empezando por establecer un método enriquecedor para analizar y corregir sus propios trabajos, cuando replican los errores más habituales de los medios. O, mejor aún, cuando logran evitarlos.

En su artículo sobre el humor en la enseñanza del periodismo, Gerald Grow reconoce los méritos de cultivar este recurso para que los alumnos enfrenten sus propias faltas y las de sus compañeros con una sana dosis de ironía al momento de la corrección oral y pública de sus trabajos. Lo mismo podría hacerse en un análisis colectivo de la prensa diaria, pero de un modo constructivo y no sólo como un pasatiempo burlón y soberbio.

El objetivo esencial que define Grow es lograr un clima distendido que favorezca un proceso de *feedback* enriquecedor como contrapartida a la corrección agresiva o simplemente muda que, finalmente, inhiben la creatividad y la indispensable autocrítica. “¿Nunca has tenido la sensación de que el profesor y los demás alumnos estaban respondiendo a tu trabajo en un modo que resultaba francamente doloroso?” –le preguntaron a Grow sus alumnos. “¿O que perdían por completo de vista el punto central?”

Le hablaron de profesores que en ocasiones malinterpretaban por completo lo que habían escrito. O que ignoraban lo que habían escrito mientras los penalizaban indiscriminadamente por errores de puntuación y ortografía. Momentos en los que habían trabajado muy duro para escribir algo y sólo recibían críticas desalentadoras a cambio de su esfuerzo. Ocasiones en que recibían una estúpida nota sin el menor comentario que los ayudara a en-

tender lo que habían hecho bien.

La rebeldía es una característica inherente a la juventud y en especial a los estudiantes de periodismo. En su fase de formación, hoy existe todo un campo por donde encauzar esa rebeldía y esa disconformidad que a menudo irradia una falsa imagen de apatía. Ellos pueden cambiar el modo en que se hace periodismo en Chile. Y de esa conclusión surge una veta riquísima para vitalizar la enseñanza. Es un desafío al orgullo del alumno, a su vocación y también al ingenio del profesor, que no sólo debe estimular su capacidad de observación crítica, sino que debe ser capaz de buscar y exponer consistentemente ejemplos dignos de seguir. Sólo de ese modo parece legítimo exigir de los alumnos un esfuerzo adicional que supere el simple “empate” de calidad con lo que aparece publicado en los medios. Sólo ante esos ejemplos cabe cotejar sus trabajos y asignarles una calificación. Howard M. Ziff, profesor de periodismo en la Universidad de Massachusetts, ex reportero y editor de *The Chicago Daily News*, apuntó en 1992 una notable reflexión en su artículo “The Closing of The Journalistic Mind”: “Los profesionales serios del periodismo, tanto como los educadores serios del periodismo, exigen más de la enseñanza del periodismo que producir empleados adeptos a repetir en forma rápida y barata las viejas rutinas y los viejos errores”. (7)

Parece un objetivo difícil, pero las herramientas están a la mano. En la medida que los alumnos reciben del profesor la capacidad de reconocer las viejas rutinas y los viejos errores, cada trabajo se vuelve algo completamente novedoso y creativo. Se rompe el letargo de estar repitiendo lo que todo el mundo hace en la profesión. El desaliento de cubrir *otra vez* el mismo tema, los mismos lugares, las mismas personas.

–¿Puedes ver algo?

–Sí. Cosas maravillosas.

(Diálogo entre el explorador Howard Carter y su mecenas, Lord Carnarvon, ante

la tumba recién descubierta de Tutankamón. 1922)

Nunca antes hubo más recursos para construir un producto nuevo, para descubrir nuevos temas y nuevos enfoques. Pero, curiosamente, eso mismo tiende a generar una sensación de abatimiento. Tanta información, tantas fuentes, tantas cifras. Parecen inmanejables, imposibles de dimensionar. ¿Dónde está la certeza del punto final? ¿Dónde está la última palabra y la última cifra si mañana habrá cien mil documentos nuevos sobre el mismo tema?

Es el síndrome de la era de Internet. Aquella "ansiedad informativa" que mencionaba antes, y que lleva dos décadas creciendo como una ola que, lejos de energizar y activar la mente y la pluma, las sofoca y las desconcierta.

Hace apenas catorce años, terminé mis estudios universitarios en la Pontificia Universidad Católica de Chile con un examen de grado escrito a máquina en una vetusta *Olympia* que hasta el día de hoy repiquetea en mi memoria. El mayor avance de la Escuela era un teletipo no menos ensordecedor, pero estábamos agradecidos de ese flujo incesante de noticias. Reportear era una larga tarea de días y días de un lugar a otro, por cierto sin la ayuda del teléfono celular. Y el teletipo, sin duda, acertaba camino.

Con esa experiencia, siempre esperé que el reporte en la era de *Internet* fuera una herramienta estimulante para la sed de búsqueda de mis alumnos. Sin embargo, pocas veces he recibido trabajos que reflejen en algo esa veta inagotable de información. Al parecer, su utilidad sucumbe ante su exuberante abundancia. Pero no es por falta de acceso o de interés. Es que falta precisamente cultivar las herramientas para cortar la maleza de esa selva y ver el paisaje con claridad. Para comprender que allí donde todo parece ya estar dicho y escrito por alguien, siempre es posible extraer algo nuevo. Esas herramientas las aporta el periodismo de preci-

sión y sólo hace falta afinar el ojo de los alumnos para que comiencen a ver entre los datos, los textos y los números. Ellos mismos me han expresado su desaliento ante el viejo y a veces injusto comentario de que el periodismo "es un océano de conocimiento con un centímetro de profundidad". ¿Pero qué les impide explorar más a fondo? ¿Podemos alimentar ese hábito y convertirlo en una veta renovadora del periodismo?

Los alumnos de periodismo, humanistas por excelencia, temen instintivamente a las matemáticas, a las fórmulas y a las cifras. Cuesta que las utilicen, porque parecen demasiado lejanas a la esencia de un cronista o de un contador de historias. Pero en cuanto descubren que cruzar unas cuantas cifras, aprender a leer las encuestas con un ojo inquisidor o recopilar datos estadísticos les abre un mundo de nuevas evidencias, nuevos temas para investigar o fenómenos sociales insospechados, renace la vocación de exploradores que todos llevamos dentro. Descubren algo nuevo. Sacuden el polvo de una agenda noticiosa anquilosada, cubren una historia decenas de veces repetida con un lente distinto y se sienten otra vez descubridores, creativos y no repetidores de viejos vicios y rutinas.

El profesor J.T. Johnson, del departamento de Periodismo de la Universidad Estatal de San Francisco, publicó en 1994 un interesante artículo titulado: "Cibernética Aplicada y sus Implicancias para la Enseñanza del Periodismo". Aunque el título parece intimidante, sus conclusiones son una valiosa lección sobre este punto:

"Por muchos años ha existido la creencia no escrita de que los estudiantes universitarios entran al campus razonablemente experimentados en las destrezas tradicionales de investigación y análisis. En consecuencia, la base de la educación periodística podía estar en el trabajo productivo de la profesión. Cómo escribir un lead, organizar una historia, editar, copiar y diseñar una página fueron, comúnmente, el fundamento de la instrucción. Era raro el

currículo periodístico que enfatizara técnicas de reporteo que no fueran entrevistas. Pero los cambios en los modos y técnicas de almacenamiento y recuperación de la información cambiaron el entorno intelectual y de trabajo de los periodistas y de los que enseñan periodismo. El proceso intelectual descrito por los investigadores de las ciencias de la vida y de la computación: input de datos, análisis y output, proveen un andamiaje teórico sobre el cual los educadores del periodismo pueden levantar un currículo que ayudará a preparar a los estudiantes para el entorno de su profesión en las décadas por venir. Eso sí, construir un monumento tan útil requiere invertir tiempo y dedicación por parte de todos los que se dedican a la enseñanza del periodismo y los que la administran". (8)

Hay una crítica recurrente entre mis alumnos de periodismo que parece contradictoria, pero que me interesa abordar en cuanto ha llegado a convertirse en un factor importante de confusión y desánimo. Por un lado, especialmente entre los que están a punto de egresar y ya han realizado su práctica profesional, hay una fuerte crítica a lo que ellos denominan "exceso de conocimientos teóricos". Todo un campo de conocimientos cuya utilidad no parece evidente ni acorde con su experiencia inmediata de la profesión. Por otro, y simultáneamente, prevalece una suerte de desaliento ante la visión externa que perciben del periodismo como una especie de *hermano pobre* entre las carreras universitarias, a veces *mediocre* y *esencialmente técnico*.

Ambas críticas han dado pie a innumerables artículos en los que se debate cuál debería ser la naturaleza de la enseñanza actual del periodismo. Un debate que a menudo genera dos frentes o dos ópticas para la función académica: el de los periodistas profesionales que enseñan sus destrezas y difunden los conocimientos que emanan de su experiencia diaria, y el de los que aspiran a una formación teórica más profunda y acabada, más cercana a lo que es una facultad de comunicacio-

nes que a una escuela de periodismo.

En su artículo "No Experience Necessary", John Wicklein examinó detalladamente la batalla que se vive al interior de numerosas universidades norteamericanas por rescatar el alma de la enseñanza del periodismo. Una batalla en la que, según sus conclusiones, profesores con un vasto currículo esencialmente teórico, brillantes masters y doctorados, están derrotando a los profesores cuyo mérito esencial es el ejercicio regular de la profesión. (9)

Ellen A. Wartella, decano de la Escuela de Comunicaciones de la Universidad de Texas en Austin, con cerca de mil estudiantes de periodismo, defendió el avance de los profesores teóricos: "La educación no consiste en una definición estrecha de la enseñanza profesional... Estamos bajo constante presión de los estudiantes para contratar periodistas capaces de enseñarles cómo escribir y reportear. Bueno, necesitamos enseñarles eso, pero necesitamos enseñarles otras cosas también: los conceptos más amplios de la comunicación. Para comunicar bien, los estudiantes deben conocer la teoría sobre cómo se comunican los humanos". (10)

A propósito de este debate, Everette E. Dennis, del Freedom Forum Media Studies de Nueva York, escribió que "en una época en que los valores de una sociedad dependen tanto de los medios como de pilares tradicionales como la familia, la iglesia y la escuela, debemos tener tanto cuidado en cómo se educan los periodistas como en la forma en que se educan los profesores de escuela o los oficiales de policía". (11). Dennis rechaza la postura de los periodistas que entran al mundo académico pensando que su única misión es enseñar la "artesanía" del periodismo, ignorando el valor de la investigación para publicaciones.

Según Wicklein, muchos profesores de periodismo consideran arrogante que las autoridades académicas sostengan que sólo los doctorados, los famosos "Ph.D.", estén calificados para llevar a cabo inves-

tigación universitaria. Acusan que buena parte de su trabajo se traduce en productos irrelevantes como ciertos artículos publicados por el prestigiado *Journalism Quarterly*. Por ejemplo: "La efectividad del muestreo semanal aleatorio y consecutivo en el análisis de contenido de los diarios". Otros comentan con cierto desdén que contar cuantas veces aparece la palabra "mujer" en un diario de 1890 no califica a nadie para enseñar a un alumno lo que será su trabajo en una oficina de prensa.

"Es más —dice Wicklein— para convertirse en buenos periodistas, capaces de satisfacer la necesidad del público de saber, los estudiantes deben dominar ciertas técnicas prácticas: aprender a sacar información de fuentes recelosas y bancos de datos computarizados. Tienen que saber cómo funciona realmente el gobierno para descubrir 'dónde están enterrados los cuerpos'. Periodistas con experiencia pueden enseñarles eso. Doctorados que nunca han trabajado en este campo no pueden hacerlo".

Por su parte, Melvin Melcher, profesor retirado de Columbia, sostiene que "los académicos que se la pasan creando disertaciones sobre tópicos esotéricos simplemente no tienen ese fuego en el estómago que inspira a los reporteros recién iniciados a salir y mejorar la condición humana". (12)

Es difícil encontrar el justo equilibrio entre los componentes puramente teóricos o científicos y el aporte de los profesores de periodismo cuyo mayor mérito es la experiencia directa, continua y demostrable del ejercicio de la profesión. Personalmente pienso que esto que los norteamericanos ya definen como una "batalla" no debería serlo, en tanto semejante terminología implica la necesidad de llegar a un triunfador y un derrotado. Lo ideal, desde mi punto de vista, es una efectiva combinación de ambos elementos y, en mi experiencia, es lo que los alumnos de nuestra escuela necesitan para dimensionar en toda su importancia la carrera que eligieron.

Howard M. Ziff y Doug Underwood abordaron esta especie de "complejo de inferioridad" del periodismo en *The Closing of The Journalistic Mind* y aportaron un interesante punto para la reflexión: "Seguro que el periodismo no es tan antiguo como la filosofía o la poesía lírica, pero ciertamente no comenzó con Watergate o siquiera con la Primera Enmienda. Estuvo entre nosotros antes que la sociología o la biología molecular y sus géneros son más viejos que la novela o la orquesta sinfónica. Sus tradiciones pueden trazarse hasta la dispersión del alfabetismo y las nuevas relaciones sociales impulsadas por la imprenta. Para bien o para mal, está íntimamente vinculado en la creación de un estilo de prosa vernácula como vehículo para comprender la vida diaria... Su clamor por una autonomía profesional puede no ser tan claro como el de la medicina o el derecho, por ejemplo, pero de seguro tiene una rica tradición y una gran utilidad social". (13)

Es innegable que un acervo de conocimientos teóricos está resultando fundamental para el ejercicio del periodismo hoy en día. Sin la menor duda, ya no son tiempos de periodistas "hechos a pulso" en la "escuela de la vida", a pura práctica. La responsabilidad de nuestra misión, sus demandas éticas y la complejidad que han adquirido las comunicaciones de masas, reclaman una formación académica con un sólido componente científico y justifican plenamente el concepto actual de una facultad de Comunicaciones o de Ciencias de la Comunicación. Este fenómeno representa una re-valorización de nuestra profesión y, por consiguiente, una herramienta eficaz para superar pasados complejos. Algo que debería servir a los estudiantes de periodismo para reconciliarse con la carrera y dimensionar todo el peso de su futura misión.

Al mismo tiempo, cuando se trata de buscar el modo de re-encantar a los estudiantes con el periodismo, no puedo dejar de pensar en el poder inspirador de aquel "fuego en el estómago" del que habla Melvin Melcher.

En mi caso, al menos, donde sólo puedo exhibir mi título universitario y quince años de práctica profesional como carta de presentación en el mundo académico, he podido experimentar claramente la eficacia de este ejercicio continuo como acicate de mis clases y del interés de los alumnos por el periodismo. Someter el propio trabajo al análisis de los alumnos, a su crítica a veces benévola, a veces despiadada, es uno de los ejercicios más vivificantes que conozco. Un medio infalible para llevar a la práctica los conceptos teóricos que rodean la formación del alumno.

¿Cómo se investigó tal historia? ¿Cómo superé los escollos del reporteo? ¿Cómo diseñé la estructura de tal o cual reportaje? ¿Qué dilemas éticos surgieron y cómo fueron resueltos? ¿Cómo logré que el mensaje alcanzara el nivel de apelación emocional o intelectual adecuado? Son preguntas recurrentes que llevan hasta la sala de clases un periodismo real. Conflictos reales que abarcan desde los conceptos aparentemente más difusos de la deontología periodística hasta la aplicación directa de la teoría de la comunicación.

Con eso a la vista, puesto en el debate libre de la clase, los alumnos pueden experimentar cómo calzan los diferentes elementos de una malla curricular que a menudo les parece dispersa o errática. Pero más que eso, el relato vivo que proviene de la experiencia personal, semana a semana, contagia también la pasión con que uno mismo hizo su trabajo. Dimensiona la verdadera responsabilidad de la función periodística en el mundo que vivimos. Y hasta me atrevería a decir que contagia a los alumnos con una renovada sed de descubrir, observar y explorar.

Nada de lo dicho hasta ahora supone algo así como la "receta mágica" para re-encantar a los alumnos con la carrera que han elegido. Son apenas unas cuantas ideas que se desprenden de mi propia experiencia y que, por cierto, no suponen ningún descubrimiento. Son todas herramientas y recursos que han estado siempre al alcance de la mano, tal vez algo

empolvadas, olvidadas, esperando que alguien vuelva a aceitar los engranajes de la pasión por enseñar una pasión.

Pulitzer dijo alguna vez que el periodismo tiene algo que lo hace diferente de la taxidermia o la venta de seguros de vida o de cualquier otra pasión destinada a llenar una vida. Y eso es algo que tienen que descubrir primero, y antes que nadie, los que deciden estudiar esta profesión. Claro que habrá dudas y vacilaciones en estudiantes que optan por el periodismo a los diecisiete o dieciocho años. Todas ellas pueden ser respondidas por profesores genuinamente contagiados por la pasión del periodismo. Pero eso no basta. Hay una llama que sólo el estudiante puede saber si está ardiendo en su interior. Eso se llama vocación. Sin ella, nada ni nadie podrá regalarle la energía para encenderla. El periodismo no puede ser, ni lo será jamás, un pasatiempo glamoroso entre otras mil prioridades. Tiene que ser la primera. Y tiene que abrazarse con toda la pasión que eso significa.

Norman Isaacs, quintaesencia del editor de periódicos en Estados Unidos, murió en marzo de 1998, culminando una vida llena de controversia, pero también de logros. En la sala de prensa, tanto como en la sala de clases, predicó siempre la necesidad de mejorar el periodismo y elevar sus estándares éticos. Y en una frase resumió su vocación: "Entré en esto siendo un niño que nunca quiso hacer otra cosa". (14). Esa misma pasión lo acompañó hasta los ochenta y nueve años. ¿Podrán decir lo mismo de nosotros?

FUENTES CITADAS:

- 1 Using Humor To Help Students Respond to One Another's Writing. Gerald Grow, 1995
- 2 www.accesseric.org
- 3 Laura Castañeda, Columbia Journalism Review, marzo-abril 2001. www.cjr.org
- 4 Journalism Professor Defines teaching by Opening his Home for Study Sessions. JC Ashley, 1996 Student Publications Inc.
- 5 Acción Humana como Reporteo, Soledad Puente, Cuadernos de Información No. 10, 1995. Centro de Estudios de la Prensa. Facultad de Letras. Pontificia Universidad Católica de Chile

- 6 Rutinas Periodísticas en los Medios Chilenos: Una Transición Incompleta
Paulo Ramírez, Cuadernos de Información No. 10, 1995. Centro de Estudios de la Prensa. Facultad de Letras. Pontificia Universidad Católica de Chile
- 7 The Closing of the Journalistic Mind. Issues in Journalistic Education. Howard M. Ziff y Doug Underwood. Columbia Journalism Review, Ene/Feb 1992
- 8 Applied Cybernetics and Its Implications for Teaching Journalism.
Prof. J.T. Johnson, Department of Journalism, San Francisco State University, 1994
- 9 No Experience Necessary. John Wicklein, Columbia Journalism Review, Sep/Oct. 1994
- 10 Citado por el anterior
- 11 Citado por el anterior
- 12 Citado por el anterior
- 13 The Closing of the Journalistic Mind. Issues in Journalistic Education. Howard M. Ziff y Doug Underwood. Columbia Journalism Review, Ene/Feb 1992
- 14 Farewell To an Editor With Passion. Joan Konner. Columbia Journalism Review, julio-agosto 1998